

LA ESCUELA

I: Recomprenemos el curso escolar, una vez más volvemos a la tarea; en el Instituto Emmanuel Mounier todos somos pedagogos de vocación, pedagogos antes que políticos de partido, pedagogos antes que votantes: Si somos personas ocupadas con la cosa pública y ejercitamos los derechos ciudadanos es precisamente en tanto que pedagogos.

Pedagogo es aquel que poseído por unas convicciones básicas sabe transmitir las adecuadamente; una transmisión adecuada de las convicciones exige a su vez un método, una perspectiva y una exigencia. Un método: El respeto a la individualidad como punto de partida y como meta; una perspectiva: El diálogo como lugar de ensanchamiento de lo individual en lo comunitario; una exigencia: La construcción de un tejido histórico encarnado en la diaria creación de ámbitos de encuentro, alianza, comunión y libertad.

Todo aquel que se sienta con vocación personalista y comunitaria potenciando la supremacía de los valores espirituales desde la justicia material es un educador, un pedagogo. ¿No existe diferencia entonces entre la escuela como lugar reglamentado donde se imparte oficialmente enseñanza, y el resto de las profesiones al margen de la academia? Todo depende: Hay escuelas que favorecen el desarrollo liberador de individuos y pueblos, y otras que deberían ser clausuradas por su condición de meros aparatos justificadores de las ideologías establecidas, establecidas incluso contra la persona. Del mismo modo que no es periodista sólo el que tiene carnet para escribir en los papeles prensados sino el que periódicamente escribe páginas históricas en la intensa cotidianidad de su vida, del mismo modo también es pedagogo aquel que sabe conducir y conducir-se en la práctica cotidiana de cada acción, a diferencia del profesional que sólo lo es oficialmente.

Curso nuevo, pues: Renovado compromiso con la vida, que corre como el curso de un río, sin prisa sin pausa, siempre con la esperanza de llegar, fecundando las tierras por donde pasa y siempre invitando a los árboles y a los pájaros inocentes a hacer sus nidos de primavera.

II. Hablamos de curso, pero curso dice relación a cambio, a movilidad. El curso de un río que no corre está fuera de con-curso. Una de las experiencias más duras que el pedagogo ha de padecer es la de la movilidad de cuanto le rodea: Los alumnos se renuevan, los pueblos reverdecen cada cuatro años. Todo esto influye en la escuela, en la calle, en los valores que se tienen. Como las modas de temporada, también las pedagogías experimentan alteraciones.

Recordaremos al efecto que los moldes educativos de ayer —de ayer mismo, de hace diez o quince años— no son los que hoy poseen muchos docentes. En efecto: Ayer se educaba —por así decirlo— “para la eternidad”, y al hombre se le veía como “portador de valores eternos”; esto significaba que si educaba mal, perdía la eternidad, o eternizaba el fracaso. Ayer se hacía hincapié en la memoria, porque gracias a ella los valores oficiales enlazaban con las gestas históricas pasadas, y con los personajes reverenciados: los Reyes Católicos, los Conquistadores de América, el General Franco. Ayer el maestro encarnaba esos valores, y tomaba en serio su propia condición de ejemplo a imitar; en el magisterio se depositaba fuerza de ejemplaridad, de tal manera que mejor maestro era el que más parecía incorporar en carne propia las teorías que defendía. Ayer parecía no haber predominio del futuro sobre el pasado, y las metodologías eran más bien pasivas, quedando para el alumnado la parte más receptiva del proceso educativo. Ayer se daba un cierto monismo pedagógico que no concedía carta de naturaleza a la disidencia, a la crítica, o al pluralismo. Ayer existía obligada confesionalidad en los programas, en las asignaturas, etc., una estrecha vigilancia ideológica se cernía sobre opositores, libros de texto, etc., etc.

Estos perfiles —necesariamente nerviosos y precisados de matizaciones como es obvio— sólo quieren poner de relieve una cosa: Para bien o/y para mal, la España de 1986/7 no es la de los años cuarenta. Los que vamos cargando años sobre nuestras espaldas y nos educamos en otros contextos podemos testificar en nuestra experiencia docente, discente, y ciudadana cuán grande ha sido el cambio en muchas cosas, aunque quizá no tan grande como hubiéramos deseado. Aquí no queremos contraponer el buen pasado al mal presente, o el mal pasado al buen presente: Queremos simplemente recordar que estamos en un curso nuevo, y que ni la nostalgia por el ayer sido ni su ignorancia son

buenos consejeros para estar a la altura del hoy que es y del mañana que amanece en el hoy desde el ayer.

Precisamente muchos docentes, por aferrarse al pasado con la nostalgia de lo irrepetible, y por no evolucionar sabiendo dar al pasado lo propio del pasado (ni más ni menos) han caído de bruces ante el presente, con una grave crisis de identidad. Por nuestra parte no creemos en el pasado como tabla de naufrago a la que hubiera que aferrarse después del desastre (misoneísmo tan perezoso) ni creemos tampoco que el pasado sea la peste cuya memoria hubiera que borrar: Quien niega al pasado suele repetirlo como caricatura, a la par que ignora su carga genealógica y su agradecida ascendencia.

III. En el curso presente otros son los problemas. Quizá convenga señalar alguno de ellos, con el ánimo sereno de afrontarlos y de superarlos, sin pesimismo ni catastrofismos; lo mejor que puede hacer el catastrofista es quedarse en casa y procurar reparar las goteras por donde los gatos le harán pis. Y luego llorar amargamente su soledad. Pero no lo recomendamos.

A nosotros, por el contrario, nos gustaría que nadie se echase para atrás, que nadie se retrajese de ese “maestro interior” que es el acontecimiento, el compromiso. Desgraciadamente no han sido pocos los maestros que ante las nuevas actitudes críticas y ante los retos de un alumnado poco ceremonioso y más bien displicente, han tirado la toalla: Muchos son los profesionales de la enseñanza que no sabiendo cómo contactar con sus alumnos se han venido abajo; ahora sus alumnos antaño atentos lo primero que le preguntan es ¿Para qué sirve tal o cual asignatura, lección, o ejercicio?; ahora sus alumnos no prestan demasiada atención a las formas reverenciales del pasado, habiendo ido en un par de generaciones del “voseo” (hablar de “vos”) al “usteo” (tratar de “usted”; del usteo al “tuteo”, y del tuteo al “tíoteo”) (“oye, tío), toda una metamorfosis de las formas (nunca mejor dicho) que esconde un continuo mutar de usos y costumbres; ahora sus alumnos desde sexto de E.G.B. parecen derrotados, haciéndose eco del susurro que a su oído la sociedad bisbisea: “Venga, tío, para qué vas a estudiar si no hay curro...”; ahora las actitudes más o menos dirigistas (antes a veces dictatoriales, todo hay que decirlo) dan paso al “consenso”, con un incremento del relativismo de los valores; ahora sus alumnos rechazan la normatividad (“Helena Francia no, gracias”; “del viejo ni el consejo”).

Vamos, que ciertos profesionales de la enseñanza han dicho: A

casita, a la dulce jubilación, al dorado trienio, al retiro como la ballena a la orilla de la playa. Otros, más lejanos a la edad reglamentaria, han preferido capear el temporal, de mil y un modos siempre frustrantes. Entre las variadas formas de desidentificación con la profesión tenemos el tipo de profesor que se limita a soltar su rollo académico, indiferente ante el factor humano de sus muchachos; tenemos también al docente que ha decidido pasar lo más posible de todo incluso de las clases, y renunciando a dar el programa se convierte en una especie de permanente adulator del alumno, que manda en las aulas e impone la marcha; tenemos al magistrante que falta lo más posible a sus clases, y que no ve forma de llegar tarde, de trampear con certificados médicos, de pedir permisos "profesionales", de obtener de la administración chollitos para la ausencia; tenemos, en fin, el caso del docente que recurre —con frecuencia ya alarmante— al psiquiatra para que certifique un stress, real o imaginario, con el que poner tierra por medio. Es la cara "profesoral" del denominado "fracaso escolar". Muy pocas veces los padres de los alumnos caen en la cuenta de que el primer fracasado cuando no sabe estar en el aula es el maestro, y que a maestro fracasado alumno de idéntico signo. En el mundo "occidental", en el Norte, la enfermedad del profesor es ya clásica, y el máximo padecimiento —según estadísticas— proviene de los Estados Unidos, país en que el docente sufre en más de un veinte por ciento de los casos un cuadro clínico propio del soldado en la trinchera: Taquicardia, enfermedades gástricas, insomnios, nicturias, etc., etc. Por si fuera poco un enorme porcentaje de maestros de aquellas latitudes han padecido insulto lascivo, raptos o violación. Ya se sabe que a los diez años del estornudo en los EE.UU., pulmonía triple en España.

Pero el "fracaso escolar" tiene más variantes, es un poliedro de muchas caras. Cuando avanza el paro todo se resiente: La familia no siempre sabe estar a la altura, y acá o allá se produce una crisis de identidad del grupo humano; los padres no pueden entonces con todas las cargas, y su desavenencia, nerviosismo o rupturas repercuten sobre el más joven de una forma muy notable; la deficiente interacción familiar conlleva en un cuarenta por ciento de los casos una deficiente actitud ante los estudios, lo que parece explicable habida cuenta de la relación existente entre afectividad y rendimiento especulativo.

Por otra parte, muchos son los hogares en los que pese a no producirse debacle económica no hay la menor preocupación por un seguimiento adecuado de los estudios de los hijos, con lo que una evaluación negativa lleva a los progenitores a protestar ante los colegios, y ahí se acaba todo: Se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena, pero del resto

ni hablar. ¿Qué se hace por la cultura en cada casa? ¿Cómo se mira día a día el encuentro con lo humano, el crecimiento de los valores, de la responsabilidad, de la altura histórica, de la creación de futuro, de la seriedad con las cosas, del respecto a lo sagrado, de la crítica del desorden, del ejemplo propio, de la respuesta frente a la injusticia? Una de las hipótesis que podrían probablemente sostenerse con apoyatura estadística sería la de una proporción directa entre fracaso escolar y desorden familiar, del mismo modo que entre desorden familiar y desorden personal. No conocemos, sin embargo, estudios empíricos en esta dirección. ¿Se superará el fracaso con el incremento en los niveles salariales de los docentes, con la disminución de las jornadas horarias, con la concesión de años sabáticos, con la aminoración del número de alumnos por aula y con una mejora en las instalaciones de los centros educativos, tal y como proponen la Unesco, y en general los pueblos del Norte? No estamos por salarios ínfimos para nadie (tampoco para el docente), ni por las jornadas agotadoras de trabajo que no dejan lugar para la renovación pedagógica, ni por unas aulas abarrotadas o deficientes; pero sabemos que todo eso (a lo que la pequeña demagogia llamó "calidad de la enseñanza", reducida en muchos casos a la obtención de plaza de funcionario con oposición restringida), todo eso no sirve para nada sin valores pedagógicos profundos, como se ha visto ya en los países escandinavos, en los cuales los altos niveles de renta de los docentes y la ventajosa situación social y profesional no se ha traducido en disminución del fracaso social.

IV. Si lo anterior es verdad (aunque no sea "toda la verdad, y nada más que la verdad"; el lector sabrá, en todo caso, poner y quitar), entonces lo que está en juego no es el estatuto profesional del profesorado, sino la credibilidad misma de una sociedad que por una parte no sabe dar trabajo a todos y cada uno de sus miembros; que cuando lo da no siempre hace justicia; que tampoco parece boyante en cuanto a profundidad en las relaciones familiares; que menos aun exime de competitividad a los alumnos, antes al contrario les somete al desánimo y a la crisis en muchas ocasiones; en una palabra, que lo que carece de credibilidad son los valores personales y comunitarios del occidente capitalista, europeo y norteamericano, ese que es el horizonte en que se sitúa España, y que no dejará de ser como es por mucho que el otro horizonte de los países del Este (cuyo Norte es Rusia) esté como está: Cuando el personalista pone el dedo en la llaga del Renacimiento putrefacto no es para ocultar la fétida pestilencia del comunismo al uso, sino para rehacer el Renacimiento, aunque pocos estén dispuestos a tal labor y sea más fácil

sumarse a los carros en marcha.

Pues bien: A pesar de no ser éste el espacio adecuado para hacer una descripción de los lugares comunes de nuestro contexto occidental, difícilmente se podría negar que ese contexto se centra prioritariamente sobre el Poder, el Prestigio, y la Peseta, las tres *p* que se oponen a la *P* de persona. En este universo de preocupaciones, la persona no parece fin en sí misma, pues los fines son la producción y el interés (Mounier criticó extensamente ambos primados), a los que hay que añadir hoy la competitividad como medio. La civilización occidental, sin catastrofismo alguno sea dicho, ha dejado de ser eleutérica (de preocuparse de la salvación) para obsesionarse por la simple supervivencia mundana; ha dejado de ser eudemónica (preocupada por la felicidad) para convertirse en pragmática, entregada al placer ha dejado de ser teocéntrica, o al menos de conceder a lo divino y trascendente un papel primordial, para devenir en un primer movimiento antropocéntrico, y finalmente negar al hombre mismo potenciando su desprecio, primando a un perro con pedigrée por encima de un argelino.

Sabemos que hay quienes no piensan así; pero aquí afirmamos que estadísticamente después de Marx/Freud/Nietzsche hoy no se quiere una sociedad personalista y comunitaria; se tiene la idea de que tal sería una sociedad muy aburrida, poco transgresora, apocada antes que perversa, etc.; hoy por hoy (véase la lista de nuestros "filósofos" hispanos y su obra, atiéndose a los medios de masa, léase la prensa hegemónica ideológicamente), hoy por hoy la estadística habla de un universo politeo donde Dyonisos reina, y de un antihumanismo teórico. Que tú seas distinto no significa que todos los españoles no midan por término medio lo que miden.

V. Así las cosas ¿para qué la escuela? Tenemos la sospecha de que también existe una relación directa entre escolarización y sumisión; o dicho de otro modo, creemos que mientras mayor es el número de gentes que saben leer y escribir, e incluso más universitarios hay, tanto menor es su capacidad crítica y su opción por la libertad de la auténtica disidencia. No deja de ser paradójico que aun cuando todo antihumanista exalta la transgresión, el margen, la diferencia, o la irreductibilidad de sí mismo con respecto a los demás, sin embargo suele reproducir lo que critica, y estereotipa hasta alcanzar moldes fácilmente definibles: Se trata de la común disidencia "progre", tan similar a la otra "carca" de sentido contrario.

Puede, pues, darse el caso —y es un hecho notorio— de que los Estados se sirvan de las escuelas para modelar a su imagen a los profesores y luego mediante éstos a los alumnos. ¿Para qué sirve entonces la escuela? Para que todos nos parezcamos entre sí como gotas de agua, a pesar de que se hable mucho de las libertades, también desde la escuela.

Así las cosas ¿no sería mejor que la escuela desapareciese? ¿No se convierte en parking de dudosa rentabilidad social, aparcadero estafador de jóvenes? ¿No parece una reproducción de los mitologemas del poder? ¿no se asemeja a un ejército? Tales son las tesis de los desescolarizadores y los desmagistradores que irrumpieron desde Estados Unidos con fuerza hace unos años.

Pues bien: Estados Unidos, el país más escolarizado del mundo y por lo tanto el más uniformado, se permite el lujo de recomendar la abolición de la escuela. Ya Larra se burló de aquellos gordos que recomiendan dieta a los que no comen, y nosotros podemos y debemos rechazar las tesis "liberadoras" de la sospecha yankee: Lo que necesitamos son escuelas de verdad, y no expendedurías de títulos a secas; lo que necesitamos es una sociedad menos podrida, lo que necesitamos es un hombre nuevo. Y para eso la escuela, el maestro, el hombre, es absolutamente imprescindible.

Es cierto que encontrar una escuela y un maestro con vocación personalista y comunitaria no es siempre frecuente en una sociedad como la nuestra, pero a pesar de todo hay escuelas con ese signo personalista y comunitario. No podemos negar que es difícil la tarea, pues ¿qué puede un buen maestro frente a Falcon Crest, Dallas, Los ricos también lloran, etc.? ¿Qué "valores" son los allí exhibidos? Brevemente éstos: Cama, cuernos, chicles, secretarías espatarradas, adulterios sin límite, petrodólares, la mentira como forma habitual de relación, etc., etc. Nos gustaría contar con datos fiables sobre la relación axiológica entre TV y escuela. Pero ¿entonces apagar los televisores? ¿O dar la batalla contrarrestando con campañas callejeras, creación de cátedras de televisiolología, etc? Lo mismo se diga de la prepotencia "formativa" de los Grandes Almacenes, que diseñan modelos de joven, a través de la fuerza publicitaria de las multinacionales: ¿No comprar? ¿O formar gente para que viva una "grandiosa carencia de necesidades", al modo de Sócrates? El siglo XIX no tenía medios de masa tan preghantes como hoy, y eran en el tres los canales de formación: familia, púlpito, cátedra. Hoy, ¿son igualmente preponderantes, tienen el mismo peso específico? Y si no lo tienen ¿se trata de recobrar la intimidad, promover un contrapeso entre

los medios de masas y una familia renovada? (no "restaurada" ni "recuperada" a lo integrista, pues el integrismo es el responsable del desfuerzo que él no puede evitar por haberlo propiciado).

De lo que se trata, pues, es de replantear estas y otras muchas cuestiones nuevas, sin nostalgias ni refugios en el ayer. A la par, se trata de avizorar aquellos valores positivos que la emergente conciencia histórica de los hombres ha ido descubriendo a lo largo de los tiempos: Mayor sensibilidad para lo comunitario, para la libertad, etc. ¡Estas son las cuestiones que importan, mucho más que la puesta a punto de los uniformes para el comienzo del curso, mucho más que la correcta aplicación del curriculum y la obtención de un pensum con matrícula de honor, mucho más desde luego que la cuestión dineraria de las reformas políticas o de sus contrarreformas! Cuando uno piensa en la magnífica entrega de docentes que sin embargo se confunden de época, porque buscan en el siglo XX lo propio del XIII, siente amarga impotencia y enorme necesidad de gritar: ¡No es eso, no es eso!

VI. Y a la vez de proponer. He aquí lo que una sociedad personalista y comunitaria propone: Ante todo, la consideración de que por encima de todo lo terreno está la persona. Ella es una realidad educable y educadora, coeducadora y coeducable. Más ¿hacia donde educarla, hacia donde educarla? Aun a riesgo de que se nos tache de impenitentes perennizadores del pasado, nosotros, que amamos intensamente la mejor tradición pasada como amamos anhelantes el presente y nos abrimos al futuro, retomamos para nosotros aquella triple dimensión de lo educativo ya puesta de relieve por Tomás de Aquino:

Ante todo, *nutritio*: Precisa el joven de hoy y la sociedad toda ser nutrida, sostenida, transformada, transfigurada en el afecto, en el calor de la acogida y de la presencia, de la gratuidad y de la donación: Es la única medicina que está a la base de cualquier fármaco. Cuando tanto sufrimiento hay en la calle, el educador debe dar prioridad a la recepción, "perder" tiempo a tope, saber ser María más que Marta. Al pajarillo que llega con el ala rota se le cura, y luego se le enseña. *Nutritio*: En España sobre todo nutrición espiritual, aunque también física, pues hay gente que padece mucho de hambre. ¿No será bueno ir vendiendo ciertos patrimonios históricos que nacieron para el sur y para el servicio a la periferia, y situarlos de nuevo allí? Cuidado de ancianos, de jóvenes, de inválidos...

Instructio después: No basta con acoger, hay que enseñar, hay que estar preparados "para la vida moderna". Hoy no hay psicoterapia sin

axioterapia, no puede bastar la buena voluntad: Es preciso saber animar a grupos, dirigir técnicas de encuentro, prácticas de musicalidad, de psicomotricidad, etc. Hay que crear escuelas de monitores. Y, en los niveles más universitarios, hay que estudiar mucho. Aquí hay que dar entrada a Marta. Sobre todo, porque son muchos los desprestigiadores. No para polemizar, sino para construir la verdad. Nadie negará que tal presencia cultural ha de ser a la vez pública, personal y comunitaria. Instruir no sólo para la individual posesión de un título, sino para crear sociedad civil más que Estado, desobediencia civil más que aquiescencia a los poderes fácticos cuales fueren, generar energía horizontal más que pedir protección policial, etc. Instruir significa también aquí acompañar: Prolongar las escuelas con la creación de talleres ocupacionales, ateneos de tiempos libres, cooperativas profesionales para jóvenes, etc.

Y, finalmente *auctoritas*: Tomar sobre los propios hombros al otro, viendo en su altura la prueba de nuestro servicio.

Tomás de Aquino está en el corazón de la modernidad, más íntimo a nuestros paradigmas culturales que la falsa intimidad al uso. Pero para entender a Tomás de Aquino hay que ponerle a dialogar con aquellos que le niegan, y conocer a los que se sitúan al margen. Con amor, sin prisa, sin pausa, con esperanza, y sin miedo. Hay lugar para el oficio de maestro, que, como cantan las etimologías, es el capaz de hacer más a los demás (*magis-ter*), mientras él se hace *minus*, razón por la cual un maestro es siempre en ese sentido servicial un ministro. Lo demás son los ministros del Ramo, y ahí hay ramos de ministros, demasiado subidos a la parra.

Animo, pues: Se alza el telón. Comienza un nuevo curso: Nuevo curso, vida nueva.